

DISCURSOS.

CUARTA SECCION,

DISCURSOS.



1.

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Rector de la Universidad, D. Andres Bello, en la instalacion de este cuerpo el dia 17 de setiembre de 1843.

INSTALACION DE LA UNIVERSIDAD.

El Presidente de la República acompañado de los Señores Ministros del Despacho, de diputaciones de las dos Cámaras Legislativas, de los Tribunales i Corporaciones, de un gran número de funcionarios civiles i militares, i de los alumnos del Instituto Nacional, se dirijió a las 12 del dia 17 de setiembre a uno de los salones del edificio de la antigua Universidad. El Sr. Ministro Vice-Patrono presentó a S. E. el Cuerpo Universitario, leyó los nombres de los miembros que lo componen, i recitó la fórmula del juramento, que prestaron todos simultáneamente i de pié, levantando el brazo derecho. El Rector i Decanos recibieron en seguida de mano de S. E. las insignias de los respectivos encargos. Se declaró instalada la Universidad de Chile, i el mismo Sr. Ministro pronunció un breve discurso alusivo al acto, i a los fines con que se a restablecido sobre nuevas bases este Cuerpo. A este discurso siguió el del Rector, concebido en estos términos:

Exmo. Sr. Patrono de la Universidad.

SEÑORES:

El Consejo de la Universidad me a encargado expresar a nombre del Cuerpo nuestro profundo reconocimiento por las distinciones i la confianza con que el Supremo Gobierno se ha dignado onrrarnos. Debo tambien acerme el intérprete del reconocimiento de la Universidad por la expresion de benevolencia en que el Señor Ministro de Instruccion Pública se a servido aludir a sus miembros. En cuanto a mí, sé demasiado que esas distinciones i esa confianza las debo mucho ménos a mis aptitudes i fuerzas, que a mi antiguo zelo (esta es la sola cualidad que puedo atribuirme sin presuncion), a mi antiguo zelo por la difusion de las luces i de los sanos principios, i a la dedicacion laboriosa con que e seguido algunos ramos de estudio, no interrumpidos en ninguna época de mi vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas. Siento el peso de esta confianza; conozco la extension de las obligaciones que impone; comprendo la magnitud de los esfuerzos que exige. Responsabilidad es esta, que abrumaria, si recayese sobre un solo individuo, una intelijencia de otro órden, i mucho mejor preparada que a podido estarlo la mia. Pero me alienta la cooperacion de mis distinguidos colegas en el Consejo i el Cuerpo todo de la Universidad. La lei (afortunadamente para mí) a gerido que la direccion de los estudios fuese la obra comun del Cuerpo. Con la asistencia del Consejo, con la actividad ilustrada i patriótica de las diferentes Facultades; bajo los auspicios del Gobierno, bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas, me es lícito esperar que el caudal precioso de ciencia i talento, de que ya está en posesion la Universidad, se aumentará, se difundirá velozmente en beneficio de la Relijion, de la moral, de la libertad misma, i de los intereses materiales.

La Universidad, Señores, no seria digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias

i de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la Religión) es la vida misma de la sociedad: la libertad es el estímulo que da un vigor sano i una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales i colectivas de la humanidad—i digo mas—lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del Estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un omenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que por una coincidencia significativa es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la Patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias i las letras contra los paralojismos del elocuente filósofo de Jinebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que an echo zozobrar al navegante presuntuoso, no querrian que la razón desplegase jamas las velas, i de buena gana la condenarian a una inercia eterna, mas perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas por que abogan. No para refutar lo que a sido mil veces refutado, sino para manifestar la correspondencia que existe entre los sentimientos que acaba de expresar el Señor Ministro de Instrucción Pública i los que animan a la Universidad, se me permitirá que añada a las de Su Señoría algunas ideas jenerales sobre la influencia moral i política de las ciencias i de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios, i sobre los trabajos especiales a que me parecen destinadas nuestras Facultades universitarias en el estado presente de la Nación Chilena.

Lo sabeis, señores: todas las verdades se tocan: desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélago del espacio; desde las que determinan las ajencias maravillosas de que dependen el movimiento i la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, asta las que expresan las acciones i reacciones de las fuerzas políticas; asta las que sientan las bases incommovibles de la moral; asta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los jérmes industriales; asta las que dirijen i fecundan las artes. Los adelantamientos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. I cuando digo *los adelantamientos en todas líneas* comprendo sin duda los mas importantes a la dicha del jénero umano, los adelantamientos en el órden moral i político. ¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras

sociales, esta sed de libertad? Si queremos saberlo, comparemos a la Europa i a nuestra afortunada América, con los sombríos imperios del Asia, en que el despotismo ace pesar su cetro de hierro sobre cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las ordas africanas, en que el ombre, apénas superior a los brutos, es como ellos un artículo de tráfico para sus propios ermanos. ¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fué la erencia intelectual de Grecia i Roma, reclamada, despues de una larga época de oscuridad, por el espíritu umano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, que a restituído sus títulos de injenuidad a tantas razas esclavas; este movimiento, que se propaga en todos sentidos, acelerado continuamente por la prensa i por las letras; cuyas undulaciones, aquí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongán, i cubrirán la superficie del globo. Todas las verdades se tocan; i yo extiendo esta asercion al dogma relijioso, a la verdad teolójica. Calumnian, no sé si diga a la Relijion o a las letras, los que imajinan que pueda aber una antipatía secreta entre aquella i éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, que no puede ménos de existir, una alianza estrecha, entre la revelacion positiva i esa otra revelacion universal que abla a todos los ombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extraviados an abusado de sus conocimientos para impugnar el dogma, ¿qué prueba esto sino la condicion de las cosas humanas? Si la razon umana es débil, si tropieza i cae, tanto mas necesario es suministrarle alimentos sustanciosos i apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le ace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin acerlo al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, jeneroso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afeár i envilecer la Relijion misma. E dicho que todas las verdades se tocan, i aun no creo aber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede aber regularidad i armonia, sin el concurso de cada una. No se puede paralizar fibra, (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen.

Las ciencias i las letras, fuera de este valor social, fuera de esta importancia que podemos llamar instrumental, fuera del varniz de amenidad i elegancia que dan a las sociedades humanas, i que debemos contar tambien entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres i goces del individuo que las cultiva i las ama; placeres exquisitos, a que no llega el delirio de los sentidos; goces puros, en que el alma no se dice a sí misma:

.....Medio de fonte leporum
Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angit (1);

De en medio de la fuente del deleite
Un no sé qué de amargo se levanta,
Que entre el alago de las flores punza.

Las ciencias i la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos i vijilias que se les consagran. No ablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas; no ablo de la auréola de inmortalidad que corona las obras del jénio. A pocos es permitido esperarlas. Ablo de los placeres, mas o ménos elevados, mas o ménos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer; placer que, como dice un filósofo escoces (2), sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos en daño nuestro i de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, ace estremecer deliciosamente el corazón humano, criado para admirarla i sentirla. El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditacion las mil voces del coro de la naturaleza; mil visiones peregrinas revuelan en torno de la lámpara solitaria que alumbra sus vijilias. Para él solo se desenvuelve en una escala inmensa el órden de la naturaleza; para él solo se atavía la creacion de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras i las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento i a la imaginacion, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la umilde i contenta resignacion del alma relijiosa) el mejor preparativo para la ora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las mas sublimes especulaciones que nos a dejado la antigüedad jentilica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su *Divina Comedia*. Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigacion importante. Chenier, aguardando por ins-

(1) Lucrecio.

(2) Tomas Brown.

tantes la muerte, escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo:

«Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire.
Anime la fin d'un beau jour,
Au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre. »

Cual rayo postrero,
cual aura que anima
el último instante
de un ermoso día,
al pié del cadalso
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan léjos a sus favorecidos adoradores, yo mismo e podido participar de sus beneficios, i saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, i conservan todavia algunos matices a el alma, como la flor que ermosea las ruinas. Ellas an echo aun mas por mí; me alimentaron en mi larga peregrinacion, i encaminaron mis pasos a este suelo de libertad i de paz, a esta Patria adoptiva, que me a dispensado una ospitalidad tan benévola.

Ai otro punto de vista, en que talvez lidiaremos con preocupaciones especiosas. Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagacion de las luces? Mas apénas concibo que pueda acerse esa pregunta en una edad que es por excelencia la edad de la asociacion i la representacion; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia; en la edad de los gobiernos representativos. La Europa i los Estados-Unidos de América nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella. Si la propagacion del saber es una de sus condiciones mas importantes, porque sin ella las letras no arian mas que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias acen beneficios esenciales a la ilustracion i a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sábios de la Alemania, de la Francia, de los Estados-Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagacion del saber, las Academias, las Universidades, forman otros tantos depósitos, adonde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas, i de estos centros es de

donde se derraman mas fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile a sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la lei que le a dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro Gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo i propagador.

Otros pretenden qe el fomento dado a la instruccion científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soi de los qe miran la instruccion jeneral, la educación del pueblo, como uno de los objetos mas importantes i privilegiados a qe pueda dirigir su atencion el Gobierno; como una necesidad primera i urjente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero por eso mismo creo necesario i urjente el fomento de la enseñanza literaria i científica. En ninguna parte a podido jeneralizarse la instruccion elemental qe reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del jénero umano, sino donde an florecido de antemano las ciencias i las letras. No digo yo qe el cultivo de las letras i de las ciencias traiga en pos de sí como una consecuencia precisa la difusion de la enseñanza elemental; aunque es incontestable qe las ciencias i las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no la contrarían. Lo qe digo es qe el primero es una condicion indispensable de la segunda; qe donde no exista aquel, es imposible qe la otra, cualesquiera qe sean los esfuerzos de la autoridad, se verifique bajo la forma conveniente. La difusion de los conocimientos supone uno o mas ogares, de donde salga i se reparta la luz, qe extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios, penetre al fin las capas extremas. La jeneralizacion de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruidos; i las aptitudes de estos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones mas o ménos distantes de los grandes depósitos científicos i literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena direccion de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual mui adelantada. La instruccion literaria i científica es la fuente de donde la instruccion elemental se nutre i se vivifica; a la manera qe en una sociedad bien organizada la riqueza de la clase mas favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo. Pero la lei, al plantear de nuevo la Universidad, no a querido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustracion a difundirse, ya qe la imprenta da en nuestros dias una fuerza i una movilidad no conocidas ántes; ella a unido íntimamente las dos especies de enseñanza; ella a dado a una de las secciones del Cuerpo universitario el encargo especial

de velar sobre la instruccion primaria, de observar su marcha, de facilitar su propagacion, de contribuir a sus progresos. El fomento, sobretudo, de la instruccion relijiosa i moral del pueblo es un deber que cada miembro de la Universidad se impone por el echo de ser recibido en su seno.

La lei que a restablecido la antigua Universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilizacion i a las necesidades de Chile, apunta ya los grandes objetos a que debe dedicarse este Cuerpo. El Sr. Ministro Vice-Patrono a manifestado tambien las miras que presidieron a la refundicion de la Universidad, los fines que en ella se propone el lejislador, i las esperanzas que es llamada a llenar; i a desenvuelto de tal modo estas ideas, que siguiéndole en ellas apénas me seria posible acer otra cosa que un ocioso comentario a su discurso. Añadiré con todo algunas breves observaciones que me parecen tener su importancia.

El fomento de las Ciencias Eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros del culto, i en último resultado a proveer a los pueblos de la República de la competente educacion relijiosa i moral, es el primero de estos objetos i el de mayor trascendencia. Pero ai otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagracion de la Universidad a la causa de la moral i de la Relijion. Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, tambien importa jeneralizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educacion literaria i científica, conocimientos adecuados del dogma i de los anales de la fé cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una parte integrante de la educacion jeneral indispensable para toda profesion, i aun para todo ombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo.

A la Facultad de Leyes i Ciencias Políticas se abre un campo el mas vasto, el mas susceptible de aplicaciones útiles. Lo abeis oido: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el Gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la Patria. Erederos de la lejislacion del pueblo rei, tenemos que purgarla de las manchas que contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo; tenemos que despejar las incoerencias que deslustran una obra a que an contribuido tantos siglos, tantos intereses alternativamente dominantes, tantas inspiraciones contradictorias. Tenemos que acomodarla, que restituirla a las intituciones republicanas. ¿I qué objeto mas importante o mas grandioso, que la formacion, el perfeccionamiento de nuestras leyes orgánicas, la recta i pronta administracion de justicia, la seguridad de nuestros derechos, la fé de las transacciones comerciales, la paz del ogar doméstico?

La Universidad, me atrevo a decirlo, no acogerá la preocupacion que condena como inútil o pernicioso el estudio de las leyes romanas; creo por el contrario que le dará un nuevo estímulo i lo asentará sobre bases mas amplias. La Universidad verá probablemente en ese estudio el mejor aprendizaje de la lójica jurídica i forense. Oigamos sobre este punto el testimonio de un ombre a quien seguramente no se tachará de parcial a doctrinas antiguas; a un ombre que en el entusiasmo de la emancipacion popular i de la nivelacion democrática a tocado talvez al extremo. «La ciencia estampa en el derecho su sello: su lójica sienta los principios, formula los axiomas, deduce las consecuencias, i saca de la idea de lo justo, reflejándola, inagotables desenvolvimientos. Bajo este punto de vista, el derecho romano no reconoce igual: se pueden disputar algunos de sus principios; pero su método, su lójica, su sistema científico, lo an echo i lo mantienen superior a todas las otras lejislaciones: sus textos son la obra maestra del estilo jurídico; su método es el de la jeometría aplicado en todo su rigor al pensamiento moral.» Así se explica L'Herminier, i ya ántes Leibnitz abia dicho: «In jurisprudentia regnant (romani). Dixi sæpius post scripta geometrarum nihil extare quod vi ac subtilitate cum romanorum jurisconsultorum scriptis comparari possit: tantum nervi inest; tantum profunditatis.»

La Universidad estudiará tambien las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas ménos vastos, ni de ménos arriesgada resolucion. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, i leerá en sus guarismos la expresion de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirijir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, converjen a un centro: la Patria.

La Medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al ombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la ijiene privada i pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su jermiacion i de su actividad devastadora; i ará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar i reparar la salud. ¿Enumeraré aora las utilidades positivas de las Ciencias Matemáticas i Físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin proceder bien entendidos, sin máqinas, sin algunos aun de los mas comunes utensi-

lios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de venteros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias; a un suelo, sobre el que la ciencia a echado apenas una ojeada rápida?

Pero fomentando las aplicaciones prácticas, estoi mui distante de creer que la Universidad adopte por su divisa el mezcino *cui bono?*, i que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciacion de sus fórmulas jenerales. La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Lo segundo, porque, como dije ántes, el cultivo de la intelijencia contemplativa que descorre el velo a los arcanos del universo físico i moral, es en sí mismo un resultado positivo i de la mayor importancia. En este punto, para no repetirme, copiaré las palabras de un sábio inglés, que me a onrrado con su amistad. «A sido», dice el Dr. Nicolas Arnott, «a sido una preocupacion el creer que las personas instruidas así en las leyes jenerales tengan su atencion dividida, i apénas les quede tiempo para aprender alguna cosa perfectamente. Lo contrario, sin embargo, es lo cierto; porque los conocimientos jenerales acen mas claros i precisos los conocimientos particulares. Los teoremas de la filosofía son otras tantas llaves que nos dan entrada a los mas deliciosos jardines que la imajinacion puede figurarse; son una vara májica que nos descubre la faz del universo i nos revela infinitos objetos que la ignorancia no ve. El ombre instruido en las leyes naturales está, por decirlo así, rodeado de seres conocidos i amigos, miéntras el ombre ignorante peregrina por una tierra extraña i ostil. El que por medio de las leyes jenerales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una istoria sublime que le habla de Dios, i ocupa dignamente su pensamiento asta el fin de sus dias.»

Paso, Señores, a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar i eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, aciéndolo un vehículo fiel, ermoso, diáfano, de las ideas; que por el estudio de otros idiomas vivos i muertos nos pone en comunicacion con la antigüedad i con las naciones mas civilizadas, cultas i libres de nuestros dias; que nos hace oír, no por el imperfecto medio de traducciones siempre i necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes, los acentos de la sabiduría i la elocuencia extranjera; que por la contemplacion de la belleza ideal i de sus reflejos en las obras del jenio purifica el gusto, i concilia con los raptos audaces de la fan-

tasía los derechos imprescriptibles de la razon; qe, iniciando al mismo tiempo el alma en estudios severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, i preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual i moral, expone las leyes eternas de la intelijencia, a fin de dirigir i afirmar sus pasos, i desenvuelve los pliegues profundos del corazon, para preservarlo de extravios funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos i los deberes del ombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentaros, Señores, segun yo lo concibo, el programa de la Universidad en la seccion de Filosofia i Umanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamas por el purismo exajerado qe condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo por el contrario, qe la multitud de ideas nuevas qe pasan diariamente del comercio literario a la circulacion jeneral, exige voces nuevas qe las representen. ¿Allarémomos en el diccionario de Cervántes i de Frai Luis de Granada: no quiero ir tan léjos—¿allarémomos en el diccionario de Iriarte i Moratin, medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes qe flotan oi dia sobre las intelijencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia i las formas; i viejas voces, vieja fraseolojía! Sobre ser desacordada esa pretension, porqe pugnaria con el primero de los objetos de la lengua, la fácil i clara trasmision del pensamiento, seria del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad i aun a las de la moda, qe ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin acerviolencia a su jenio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal i Racine, la lengua de Chateaubriand i Villemain? ¿Y no trasparente perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros dias, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Ai mas: demos anchas a esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neolojismo; i nuestra América reproducirá dentro de poco la confusion de idiomas, dialectos, i jerigonzas, el caos babilónico de la edad media; i diez pueblos perderán uno de sus vínculos mas poderosos de fraternidad, uno de sus mas preciosos instrumentos de correspondencia i comercio.

La Universidad fomentará, no solo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras. Pero no sé si me engaño. La opinion de aquellos qe creen qe debemos recibir los resulta-

dos sintéticos de la ilustracion europea, dispensándonos del exámen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la Universidad. Respetando, como respeto, las opiniones ajenas, i reservándome solo el derecho de discutir las, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle i acostumbrarle a pensar por sí, él atenernos a las conclusiones morales i políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la istoria antigua i moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el prévio trabajo intelectual de la demostracion. Yo miro, Señores, a Herder como uno de los escritores que han servido mas útilmente a la humanidad: él a dado toda su dignidad a la istoria, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia, i los destinos a que es llamada la especie umana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los echos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina, sino por medio de prévios estudios istóricos. Sustituir a ellos deducciones i fórmulas, seria presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del ombre social; seria darle una coleccion de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones de los grandes pueblos i de los grandes ombres; seria quitar al moralista i al político las convicciones profundas que solo pueden nacer del conocimiento de los echos; seria quitar a la experiencia del jénero umano el saludable poderío de sus avisos, en la edad cabalmente, que es mas susceptible de impresiones durables; seria quitar al poeta una inagotable mina de imágenes i de colores. I lo que digo de la istoria, me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. Porque nada aca mas desabrida la enseñanza que las abstracciones, i nada la aca fácil i amena, sino el proceder que amoblando la memoria, ejercita al mismo tiempo el entendimiento i exalta la imaginacion. El raciocinio debe enjendrar al teorema; los ejemplos gravan profundamente las lecciones.

¿I pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña, a la mas echicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera sobre todo dejar de aludir a la excitacion instantánea, que a echo aparecer sobre nuestro horizonte esa constelacion de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con injenuidad: ai incorreccion en sus

versos; ai cosas que una razon castigada i severa condena. Pero la correccion es la obra del estudio i de los años; ¿quien pudo esperar la de los que en un momento de exaltacion poética i patriótica a un tiempo se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde tambien aquel fuego divino, de que por una preocupacion injusta se las abia creido privadas? Muestras brillantes, i no limitadas al sexo que entre nosotros a cultivado asta aora casi exclusivamente las letras, la abian refutado ya. Ellos la an desmentido de nuevo. Yo no sé si una predisposicion parcial acia los ensayos de las intelijencias juveniles, extravia mi juicio. Digo lo que siento: allo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento, i aun con relacion a algunas de ellas, pudiera decir, del verdadero jenio poético. Allo en algunas de esas obras una imajinacion orijinal i rica, expresiones felizmente atrevidas, i (lo que parece que solo pudo dar un largo ejercicio) una versificacion armoniosa i fluida que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas i sale airosa de esta arriesgada prueba. La Universidad, alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá talvez: «Si quereis que vuestro nombre no quede encarcelado entre la Cordillera de los Andes i la Mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones jenerosas del talento; si quereis que os lea la posteridad, aced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Aced mas; tratad asuntos dignos de vuestra Patria i de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte i de Safo: la poesia del Siglo XIX tiene una mision mas alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes i puras.

.....Musarum sacerdos,
Virjinibus puerisque canto (1).

¿I cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra joven República? Celebrad sus grandes dias; tejed guirnaldas a sus héroes; consagrad la mortaja de los mártires de la Patria.» La Universidad recordará al mismo tiempo a la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros dias: «Es preciso,» decia Goethe, «que el arte sea la regla de la imajinacion i la transforme en poesia.»

El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mis-

(1) Oracio.

mos de Goethe, abrá algunos qe me coloqen entre los partidarios de las reglas convencionales, qe usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante acepcion; i no creo qe mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos i jéneros, en las cadenas con qe se a querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles i Oracio, i atribuyéndoles a veces lo qe jamas pensaron. Pero creo qe ai un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del jenio competentemente preparado; creo qe ai un arte qe guia a la imaginacion en sus mas fogosos trasportes; creo qe sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinjes, creaciones enigmáticas i monstruosas. Esta es mi fé literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orjias de la imaginacion.

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil qe lo recibe todo sin exámen, i por otra a la desarreglada licencia qe se revela contra la autoridad de la razon i contra los mas nobles i puros instintos del corazon umano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones.

Pero no debo abusar mas tiempo de vuestra paciencia. El asunto es vasto; recorrerlo a la lijera, es todo lo qe me a sido posible. Siento no aber ocupado mas dignamente la atencion del respectable auditorio qe me rodea, i le doi las gracias por la induljencia con qe se a servido escucharme.



Terminado el discurso del Rector, el Secretario Jeneral de la Universidad proclamó los temas de premios universitarios para el año de 1844.



2.

DISCURSO

pronunciado por el R. P. Fr. Francisco Briceño, de la Orden de Religiosos Franciscanos, miembro de la Facultad de Teología, electo por el Supremo Gobierno, el día de su incorporación solemne, 12 de Mayo de 1844.

Señores:

El Supremo Gobierno me a onrrado con el título de miembro de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile, i al asociarme a vosotros, qe perteneceis tambien a esta ilustre corporacion, cumpro con un deber, qe me es altamente grato, dando un testimonio público de mi reconocimiento por la distincion qe se me a dispensado.

Qisiera ocupar en este momento vuestra atencion de un modo digno del objeto de este discurso; qisiera, ya qe no me es dado dar mayor realce a verdades de suyo elocuentes i sublimes, presentarlas al ménos con toda su pompa i magnificencia. Las verdades, Señores, a qe aludo están consignadas en la ciencia de la relijion santa qe profesamos, en la qe instruye al ombre en el conocimiento de las relaciones de fraternidad i concordia, qe eslabonan entre sí a la gran familia cristiana, en la qe derrama en el corazon el bálamo de la virtud, en la qe sustenta la existencia intelectual con la esperanza de la verdadera felicidad; en fin, en la qe nos enseña a conocer el poder inmenso del dispensador de todo bien, del árbitro de los destinos del jénero umano, para prosternarnos i tributarle dia a dia rendidos omenajes de alta veneracion.

La Teología, Señores, es esa ciencia tan importante, tan vasta, tan necesaria, no solo al eco de la palabra evanjélica, al intérprete de la revelacion divina, al embajador del Todo-Poderoso, segun la expresion de San Pablo, qe está colocado entre el Cielo i la tierra para encaminar a los ombres por la senda de la virtud, sino al filósofo, al literato, al ombre público, a todo el qe comprende su mision en la tierra, i asta al mas ignorante. Porque la relijion es la vida de la especie umana, i sin ella todo es un caos e incertidumbre. El qe a favorecido el Cielo con el don especial de acerle cristiano, el qe nació i se educó en el seno de una sociedad qe adora toda entera a un mismo Dios, para corresponder dig-

namente a tan inestimable beneficio, debe constantemente nutrir su espíritu con la lectura de los libros sagrados, que forman la Santa Escritura.

La civilización cunde i se propaga; rápido es el progreso de las ciencias i debiendo marchar también a la par los progresos de la moral, por una fatalidad inexplicable, las ciencias mismas mal dirigidas, extraviando los talentos corrompen las costumbres, i logran, si no extinguir, por lo ménos relajar la creencia, que vive i se sustenta con la fé. Al fin vienen a caer en la indiferencia apellidándose siempre cristianos, como si ésta, así como la impiedad, no fueran los azotes del género humano. El olvido de los deberes religiosos trae consigo la licencia de las costumbres, i el desenfreno de las pasiones: de esto nace el desenfreno político, que conmueve asta en sus cimientos a las sociedades mas bien constituidas, cuya caída es tanto mas estrepitosa, cuanto mayores son los combustibles que animan a estos dos monstruos de devastación i de ruina. Así decia el Conde de Frayssinous, que despues de treinta años retumbaba aun en el universo el estruendo que izo al desplomarse una monarquía de catorce siglos, como la francesa.

La reedificación es no ménos difícil que costosa. Pero están al alcance de todos los medios de precaverse de estas desgracias; i cuando se levanta entre nosotros una jeneración, que se a consagrado con entusiasmo al cultivo de las letras, es preciso erijir un muro de división entre ella i la indiferencia, inspirándole al mismo tiempo un amor al estudio de la primera de las ciencias; cuya importancia nadie desconoce, pero que a dejado de ser por algun tiempo parte de la educación.

La Teología es, sin duda, esa ciencia sublime por su objeto i por sus fines. Derivada de la misma revelación, es entre todas las ciencias la mas digna de ocupar al ombre, i para él la mas interesante. Partiendo de principios infalibles, saca consecuencias igualmente verdaderas, que satisfacen plenamente al que desea con sinceridad librarse del error. Por ella, dice un Padre de la Iglesia, la fé se enjendra, se nutre, se defiende i se corrobora. La fé es el don mas precioso concedido a los mortales, por el que conocemos nuestras relaciones con el Criador, i las verdades que nuestro limitado talento no podia descubrir; verdades necesarias a un ser moral, cual es el ombre. Esta fé necesita de maestros i Doctores que la propongan a los pueblos, i que la sostengan con todo género de razones contra los impugnadores de la verdad.

Los dogmas que nos enseñan an sido impugnados en todo tiempo por algunos espíritus inquietos i turbulentos, que an tratado de negar las verdades reveladas, i apartar a los ombres de su creencia. Los sofismas, la mala fé, la falsedad, an sido las armas de que

se an valido para introducir el error. Confundir a estos jenos de perversidad, cautelar a los fieles contra sus astucias, descubrir sus paradojismos; en una palabra, acer triunfar la verdad, sacarla victoriosa de los ataques qe se le acen, é aqi el ejercicio de un teólogo, de un Sacerdote instruido, de un pastor celoso de su grei; de un cristiano en fin, qe sabe lo qe cree, cómo lo cree, i porqué lo cree.

El Doctor de las jentes encargaba a los Pastores de la Iglesia, qe fuesen instruidos en la sana doctrina, para qe pudiesen argüir a los qe contradecian la grande obra de la predicacion del Evangelio. Por esta doctrina sana entendia el Santo Apóstol un conocimiento profundo de la Sagrada Escritura, de la tradicion, i de todas las verdades qe estas dos fuentes nos suministran. Como todo el edificio de la relijion estriba sobre estos fundamentos, de aqi es qe el qe qiera entrar al santuario de esta ciencia sublime, debe consultar estas fuentes de sabiduria. En ella encontrará los dogmas qe debe creer, las máximas morales qe a de seguir; en una palabra, toda la economia de la relijion cristiana considerada en todos sus aspectos. ¿Qué espectáculo tan bello, qué institucion tan admirable, qué órden tan armonioso, qué atractivo tan eficaz no se presenta desde luego a la vista del espectador juicioso, qe atentamente estudia i considera la obra de la sabiduria eterna? La teolojía, Señores, es la qe nos conduce como de la mano, en la investigacion de la relijion divina, a la qe está ligada la felicidad del jénero umano.

Partiendo desde el principio infalible de la existencia de un Dios criador i conservador de todas las cosas, ace ver la necesidad, la obligacion qe ai en la criatura racional de tributarle sus omenajes, de adorarle, de obedecerle, i de conformar en todo su voluntad a la divina. Siendo tan limitado el entendimiento umano, no alcanzando por sí solo a descubrir sus relaciones con la divinidad, era preciso qe este mismo Dios, lleno de bondad i de justicia, se constituyese en maestro del ombre, le comunicase, le instruyese i perfeccionase, enseñándole el modo de servirle. Esta es la revelacion, cuyo echo demuestra la Teolojía, probando asta la evidencia aberse verificado.

Dios es la suma verdad, no puede engañarse ni engañarnos: luego si se a dignado ablar al ombre, i revelarle misterios superiores a la razon, estos son de una certidumbre tal, que no dejan el menor motivo de duda. Debe entónces el ombre sujetar su entendimiento en obsequio de la fé, i prestar un asenso firmísimo a las verdades reveladas.

Las obras de Dios no pueden ser imperfectas. Supuesto que se dignó revelarse a los ombres, precisamente a de existir una socie-

dad depositaria de esta revelacion; de lo contrario, todo seria un caos espantoso. Esta sociedad debe allarse adornada de tales caracteres, qe la distingan de toda otra qe no disfrute igual prerrogativa. A de ser santa, única i verdadera, como el mismo Dios, infalible en sus decisiones, i perpetua en su duracion.

Esta es, Señores, la Iglesia, con todo el órden admirable qe ella contiene. Como toda sociedad necesita de cabeza, la Iglesia tambien la tiene, i está revestida de la autoridad competente para rejirla i gobernarla; cuya autoridad no se funda solo en la conveniencia i utilidad, sino qe trae su oríjen de mas arriba, del mismo fundador de la Iglesia, de Jesu-Cristo, Dios i ombre, qe teniendo toda potestad en el Cielo i en la tierra, se dignó comunicarla a los qe constituyó Pastores de su grei, i dispensadores de su doctrina.

La excelencia de esta doctrina divina se comprueba por la dignidad de su autor, por la perfeccion de su sustancia, i por la grandeza de su fin. Por la dignidad de su autor, porque es el mismo J. C. El nos la a trasmitido por el ministerio de los Apóstoles, i sus sucesores la perpetúan todos los dias entre nosotros. Por la perfeccion de su sustancia, esto es, de las cosas qe contiene, supuesto qe no ai virtud qe ésta lei no mande practicar, ni vicio alguno qe no proiba; i por la grandeza de su fin, pues tiene por objeto, no bienes frágiles i caducos, sino la vida eterna.

E aqí, señores, un pequeño bosquejo del plan de la relijion, plan qe debe atraer las miradas del filósofo i del ignorante, i qe desenvolveria yo aora, aciendo ver la correspondencia de todas sus partes, si no me allase ante una reunion de sabios tan respetables, cuyas superiores luces se ofenderian de mi audacia. Claro es qe los nombres de relijion, iglesia, revelacion, tomados en abstracto, podrian aplicarse a esa multitud de relijiones falsas, qe para desgracia del jénero humano se an visto abortar en el mundo. Pero yo, al expresar nombres tan venerados, solamente ablo, Señores, de la única i verdadera relijion en cuyo seno vivimos, de la Católica, Apostólica Romana.

Esta relijion sublime en sus dogmas, santa en su moral, pura i majestuosa en su culto, i severa en su disciplina, cuyas partes se sostienen i apoyan recíprocamente; esta relijion benéfica qe a civilizado al mundo, cuya moral a mudado la faz de las naciones qe la an abrazado, aciendo conocer al ombre su dignidad i los justos límites en qe debe contener sus inclinaciones; qe a obligado a deponer su ferocidad al conquistador, su orgullo al poderoso; al mismo tiempo qe prescribe la paciencia al pobre i abatido, qe abla al lejislador para qe sus instituciones vayan arregladas a la equidad i justicia, al mandatario para qe proteja la inocencia, al

súbdito para que obedezca sin violencia a su superior; en una palabra, que extienda su benéfico influjo asta lo mas oculto del corazón, reprimiendo las pasiones, los deseos inmoderados, i dirijiéndolo todo a la felicidad del mismo que la profesa, llenándolo de consuelo en esta vida, i de esperanzas para la futura; esta relijion digo, benéfica i consoladora, siendo una emanacion de la luz increada, no teme la luz, porque ella misma es la luz que a iluminado a todo el mundo.

Sus dogmas se allan revestidos de fundamentos de credibilidad tan luminosos, que cualquiera ombre capaz de algun discurrimiento, no puede ménos que rendirse a la evidencia de las razones, que los acen creibles, i prestar su asenso con tanta mas confianza, cuanta es la certidumbre que tiene, de que creyendo las verdades reveladas, aunque superiores a su razon, obra conforme a esta misma razon, apoyándose en el testimonio veracísimo de Dios.

Es verdad que la fé i no la razon es la que ace al cristiano; sin embargo, la razon a de conducir a la fé. Esta relijion augusta no teme que la razon umana la examine i la manifieste; ella tolera sin trabajo las miradas mas curiosas, mui diferente de las demas relijiones que a abido en el universo, las que no pueden sufrir la luz, i para ocultar su debilidad necesitan cubrirse de sombras afectadas i de secretos misteriosos. La nuestra al contrario quiere ser considerada i examinada de cerca; porque cuanto mas se examina, tanto mas se descubren sus divinas armonias, i cuanto mas se profundiza, se admira mucho mas su divinidad i su excelencia.

No es posible estudiar seriamente la relijion sin descubrir las muchísimas pruebas que convencen su verdad. Ya se vé, éstas a un cristiano no le acen, ni son necesarias para acerle un creyente fiel: lo era ántes de descubrirlas, porque la fé es un don de Dios i no efecto de raciocinios humanos. Pero lo que no es menester para el establecimiento de la fé, es mui útil para conservarla i defenderla. Las pruebas le sirven como de antemural exterior, precaviendo las dudas que pudieran suscitarse, disipando con una pronta luz las que se ofrecen, i anulando las impresiones que pudieran causar las que mueven contra ella sus contrarios.

Ai ademas otra ventaja en estas pruebas, por lo que demuestran que la fé es razonable, o que es conforme a la razon el sujetarse enteramente a la fé. I como al entendimiento humano, cuya presuncion todo lo quiere entender i decidir, nada le cuesta tanto como el dar su asenso a lo que no puede comprender, i someterse a lo que se le proibe examinar, no ai, despues de la gracia interior, cosa mas conducente i oportuna para suavizarle el yugo de la fé, que acerle conocer, que cree por ilustracion, i que si deja de

consultar la razon, i tomarla por juez en los misterios que no penetra, es con acuerdo de ella misma, i por el buen uso que ace de sus luces.

En realidad no comprende el entendimiento todo lo que cree ; pero ilustrado con las pruebas de la religion, conoce claramente que debe creerlo. La recta razon lo conduce entónces a la revelacion, de cuya necesidad i certeza queda por sus mismas luces convencida. La razon pues examina los motivos de creer, para no volver mas a examinar despues de haber creído. Su exámen no recae sobre los dogmas i doctrina revelados , sino únicamente sobre las pruebas de la revelacion; i una vez dado asenso a ellas, todo lo cree sobre la divina palabra. El cristiano no necesita de investigar para asegurarse de su fé, sino, en todo caso, para conocer mejor el precio inestimable de lo que ya posee. No intenta desvanecer ni aclarar dudas que no tiene, sino allar su consuelo i satisfaccion, i tener armas con que confundir a sus contrarios, sin que aga depender su fé del suceso de sus reflexiones.

Penetrados de estos principios los apolojistas de la religion no han temido en tiempo alguno entrar a lidiar con los enemigos de la fé con las armas de la razon y de la filosofia. Los filósofos paganos atacaron al cristianismo desde su nacimiento: no era pues bastante oponer el texto de los libros sagrados a unos adversarios que desconocian su divinidad, i sostenian que la doctrina de estos libros era opuesta al sentido comun. Era ademas preciso demostrarles la doctrina de estos libros mas razonable que la suya, i fué absolutamente necesario valerse contra ellos del discurso i de la filosofia. Tal es el orjén de la teología especulativa, que a llegado asta nuestros tiempos con igual suceso, reportando siempre brillantes victorias de sus opositores.

Señores: nos allamos en el mismo caso que los doctores cristianos de los primeros siglos. Los disidentes de la religion siguen la marcha de los filósofos paganos; atacan nuestros misterios con argumentos sacados del raciocinio, i se lisonjean de saber mas en esta materia que los Apóstoles i todos los doctores sagrados, despreciando igualmente una tradicion de diez i nueve siglos. Los incrédulos repiten el eco de los erejes, i los deistas no quieren admitir especie alguna de revelacion. Ubo, pues, necesidad, i la ai al presente, de probarles lo absurdo de sus principios, la contradiccion de sus doctrinas, i la oposicion de sus opiniones a las de los mejores filósofos; en una palabra, de razonar con estos enemigos, i de usar las mismas armas de que ellos se valen en la injusta guerra que nos acen.

Este fué el sendero que nos trazaron aquellos antiguos defensores del cristianismo, a quienes con justa razon llamamos Padres

de la Iglesia, cuyos escritos, llenos de sabiduría i de luz, an llegado asta nuestros dias, i por cuyo medio conocemos la tradicion en sus mismas fuentes. Ellos nos enseñan la revolucion moral efectuada por el cristianismo, la trasformacion que se obró en el universo, a la voz de aquella relijion, que, como dice un Obispo francés, pasó de las catacumbas al trono de los Césares, que le ofrecieron para defenderla la espada que ántes se abia gastado en el cuello de los mártires.

Son tambien los Santos Padres los verdaderos modelos de la elocuencia sagrada, porque no solo encarece la importancia de sus escritos la santidad de su doctrina, sino que tambien se encuentran en ellos las bellezas del estilo, la fuerza del lenguaje i la concision literaria, que an admirado siempre, i admiran oi, los sabios mas distinguidos. cualquiera que sea su creencia.

Su estudio es de absoluta necesidad para el sacerdote que aspira a llenar dignamente las augustas funciones de su ministerio, i toca especialmente a la Facultad de Teolojía el fomentarlo; a esta Academia Cristiana que, creada a impulsos de la sabiduria i piedad de nuestras autoridades supremas, está encargada de instruir a la juventud en las sublimes verdades que acen al ombre virtuoso. Así, afianzándose la moral, se consolida el órden público; i Chile, que presenta a la faz del mundo el espectácuio de un pueblo que continúa sin interrupcion la grande obra de la rejeneracion política, presentará tambien un ejemplo grandioso de virtud i de relijion.



DISCURSO

pronunciado por el Presbítero D. Eujenio Guzman, miembro de la Facultad de Teología, electo por ella para llenar la vacante que dejó el fallecimiento del R. P. Fr. Lorenzo Soto, el día de su incorporación solemne, 23 de agosto de 1844; i contestacion del Presbítero D. José Ipólito Salas.

Señores:

Un sentimiento irresistible de gratitud me impele a dirijiros la palabra para manifestaros mi reconocimiento. Ingrato seria a vuestra dignacion si sepultase en mi alma este movimiento que el corazon inspira i la razon aprueba cuando se a recibido un beneficio, i tal considero la gracia que me abeis dispensado asociándome a vosotros. Nunca me atreví a esperarla porque siempre la creí digna de talentos superiores a los míos, pero así lo abeis querido, i yo la acepto gustoso. Sin embargo, estaria mui léjos de admitirla por la debilidad de mis luces, cuya escasez no se me oculta, si no contase con el apoyo de vuestros conocimientos.

Mas, en este dia clásico para mí, en que por primera vez entro al templo de la sabiduria, séame permitido describir, aunque imperfectamente, un solo rasgo del cuadro grandioso que se me presenta a la vista. Este cuadro es la ciencia de la relijion, el conocimiento de Dios. La relijion e dicho; ¡grande espectáculo! Todo está aquí representado, i todo pintado con sus propios coloridos; Dios i el ombre, la virtud, el vicio i las pasiones, nuestros deberes, los acontecimientos humanos, nuestro principio i nuestro fin, el tiempo i la eternidad. Ella todo lo arrastra en pos de sí, principia en Dios, pasa por los siglos i no finaliza jamas; bella en su primera edad como la infancia, majestuosa en su robustez, terrible en la consumacion del mundo; tierra fecunda, cuyos preciosos i sazonados frutos alimentan mas allá de la vida. Ella establece relaciones íntimas i eternas entre Dios i nosotros, nos hace conocer a este Autor de nuestro ser, adorarle i amarle. ¡Cuántos i cuán varios objetos! ¡cuántas profundidades que sondear! qué elevados misterios! qué admirables instrucciones! qué dilatada serie de verdades si ubiera de recorrerlas! Seria preciso hablar de toda la relijion i acer interminable mi discurso. Escojeré, pues, entre tantas bellezas, la que ocupa una parte mui remarcable de este cuadro magnífico i que llamamos Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Vosotros sabeis, señores, cuál fué el resultado de la mision del Ombre-Dios sobre la tierra. Enviado al mundo para dar testimonio de la verdad, debia dejar entre los ombres un depositario de sus oráculos, qe estando presente a todas las jeneraciones, les pudiese ablar a todas en su nombre: un depositario fiel, qe en nada alterase la doctrina qe nos abia legado: en fin, un depositario adornado de caracteres sensibles, para poder ser distinguido entre la multitud de los qe abian de arrogarse el vano título de maestros i profetas, revestido de autoridad soberana para ejecutar sus órdenes i llevar al cabo el plan de la Divina Providencia en la santificacion del mundo. E aquí la Iglesia Católica fundada por Jesucristo; sociedad santa, institucion divina, i por consiguiente nada ai en ella qe no sea digno de ocuparnos, nada qe no merezca nuestra veneracion i omenajes. A la verdad, ¿qé cosa mas digna del ombre qe rendir sus respetos a esta Iglesia Santa i a todo lo qe la pertenece? Ella le ennoblece sobremanera, elevando su pensamiento a contemplar verdades de un órden superior, qe la razon sola no le abria enseñado jamas; sin cuyo conocimiento mas pareceria irracional, qe un ser dotado de la intelijencia. En efecto, ¿qé seria del ombre sin su auxilio? La luz de la razon, ofuscada por las pasiones, solo le presentaria precipicios, sin manifestarle los medios de salvarlos, i mereceria mas bien el nombre de tinieblas: la virtud i el vicio serian nombres vanos, i su corazon, sin regla qe seguir, seria el juguete de sus caprichos i le degradaria asta el estremo. Cuantos an aspirado a la virtud, qe es la sólida grandeza, se an afianzado en esta áncora divina, i los qe creen elevarse despreciándola, acaso recojerán unas pocas flores de gloria efímera, qe se marchitarán bien pronto. Un Bossuet, un Fenelon, un Granada, un Bourdaloue i otros muchos le deben su engrandecimiento, i si no se ubieran gloriado de ser ijos suyos, estarian qizá confundidos con la muchedumbre, o mirariamos con desprecio sus nombres, qe aora son tan venerandos.

Emanada inmediatamente de Dios i obra de sus divinas manos, reúne en si todos los elementos qe forman una sociedad perfecta. Su constitucion divina, dictada por la boca misma de la sabiduria encarnada, piedra angular de este soberbio edificio, se alla escrita con caracteres indelebles en el código sagrado del Evangelio. De aquí saca, como de un manantial inagotable, aquella luz indeficiente qe ilumina a todos los qe no cierran voluntariamente los ojos. ¡Qé sublimidad, qé profundidad en sus misterios! ¡qé santidad en su doctrina! ¡qé pureza en su moral! ¡qé majestad en su culto! De aquí la admirable armonia con qe se rije, formando de sus leyes i preceptos un variado i unísono concierto de máximas saludables qe todas tienen por tendencia nuestra felicidad. De aquí en fin,

aquella calma imperturbable que como una roca en medio de un mar embravecido, ve desacerse a sus pies la furia vana de sus enemigos. «El siglo 18, dice un docto escritor, abia amotinado contra ella las inteligencias, i todos sabemos con cuánto ardor i habilidad. La razon i la ciencia se abian reunido para destruir el reino de Dios, i ved aquí que la ciencia i la razon, despues de aber escavado las entrañas de la tierra, sondeado los abismos del océano, interrogado las alturas de los cielos i explorado los monumentos de todas las edades, no an encontrado voces sino para llenar de bendiciones i admirar, como Balaam en otro tiempo, al pueblo que acababan de maldecir.»

Su príncipe o cabeza es el Romano Pontífice, jefe universal de esta gran familia, a quien Jesucristo estableció centro de la unidad católica en virtud de la mas solemne promesa que izo a San Pedro i sucesores suyos en el episcopado. Así es que vemos grabada con letras de oro por la mano del Señor en la tiara de mas de doscientos cincuenta Papas que an subido al solio pontificio esta inscripcion: *tú eres Pedro*. Sí, Señores, Pedro se reproduce en cada uno de sus sucesores; Pedro vive en la Iglesia, dice el Padre San Leon, i aun le escuchan sus palabras, aquellas palabras que el cielo puso en sus labios: *tú eres el Cristo ijo de Dios vivo*. La Iglesia es una monarquía i el Papa ejerce en ella la plenitud del poder soberano; el gran Bossuet es quien lo dice i toda la tradicion. En fuerza de esta centrípeta i plenaria potestad, su autoridad se estiende a todas partes, i solo reconoce por límites los de la Iglesia misma; es otro Moises encargado por Dios para guiarnos a la Santa Sion; nadie está exento de su poder a excepcion de aquellos que no son del rebaño de Jesus; los reyes, los príncipes, las naciones todas les deben vasallaje, si quieren ser parte del escojido pueblo. Al espresarme así, no temo la nota de ultramontanismo, porque mis palabras son el eco de toda la antigüedad. Así pensaron los Optatos, Agustinos, Ciprianos, Irenéos, Teodoretos i Bernardos; i los citaria uno a uno sino os creyese animados como yo de los mismos sentimientos. Todos acataron al sucesor de Pedro, se rindieron a sus decisiones i enmudecieron a su voz; todos se prosternaron en presencia suya, i reconocieron en él la viva imájen de aquel a quien se dijo: *sobre tí edificaré mi Iglesia*. En vano, pues, los incrédulos i novadores de consuno procuran despedazarla, ya esparciendo opiniones cismáticas, ya denigrando con epstetos infames la venerable persona del Sumo Sacerdote de la nueva alianza, porque sus tiros virulentos i emponzoñados escritos son el mejor antidoto contra sus errores. No, no conseguirán partir esta túnica inconsútil, i si alguna vez logran engañar, es solo a aquellos incautos, cuya fé moribunda los tenia ya casi fuera del redil.

Sus majistrados son los Obispos, en los que una distincion real i efectiva de honor i jurisdiccion marca la línea de diferencia que hai entre ellos i el resto de la jerarquía eclesiástica. Por lo que San Ignacio de Antioquia en su carta a los fieles de Magnesia se explica en estos términos: «no debeis ultrajar al Obispo ni despreciarle por su edad, sino tributarle todo respeto..... así lo practican los santos presbíteros, que sin atender a la juventud que ven en el Obispo, ceden, no a él, sino a Jesucristo Supremo Obispo de todos. En obsequio, pues, del que así lo ordena debeis obedecerle sin fraude o disimulo... Presida el Obispo en vez de Dios. Así Cipriano dice que los órdenes de la Iglesia son escalas para el episcopado, al que llama *fastigium sacerdotii*, la Suprema Majistratura. Por esta razon reside en él la fuente o el principio de todo el poder jurisdiccional que ejercen los sacerdotes. Esto era palpable en los primeros siglos, cuando, por decirlo así, no habia en cada diócesis mas que un templo, una cátedra, un altar. Los sacerdotes eran entónces el Senado del Obispo, i obedecian sus órdenes, como aquellos soldados del centurion de que nos habla el Evangelio. Así pues, compete a los Obispos la facultad de juzgar, el derecho de decidir en puntos doctrinales i el poder ligar las conciencias con cánones o leyes de disciplina, porque los destinó el Espíritu Santo para gobernar parte de la grei, segun la sentencia del Apóstol. Su mision es divina, su carácter augusto, sus funciones sacrosantas. Están colocados como antorchas para alumbrarla, como bravos guerreros para defenderla, i como pastores vijilantes para conducir la por las sendas de la sana doctrina. A ellos se les a dicho: *apacentad el rebaño del Señor*. ¡ Cuán glorioso es para la Iglesia ver cumplido a la letra en todos tiempos por el cuerpo de pastores tan importante encargo! Sí, Señores, volvamos los ojos a los mas bellos dias de esta sociedad cristiana, i veremos a los Obispos oponerse constantemente ya contra los errores de la erejía, ya contra la corrupcion de las costumbres; los veremos en concilios ecuménicos, en asambleas provinciales, o ya individualmente batirse cuerpo a cuerpo con los enemigos de la verdad, confundirlos i avergonzarlos; los veremos padecer por su pueblo amado, el destierro, la confiscacion i la muerte; los veremos, en fin, muchas veces presentarse como soldados veteranos, cubiertos de onrras cicatrices, i rubricar la fé con su sangre. Millares de echos podria acumular en prueba de lo dicho si no me contuviesen la estrechez de un discurso i el respeto que debo a vuestras luces. Mas no puedo dejar en silencio, sin salir de nuestro Chile, la sabiduria i virtudes eróicas de veintitres dignísimos Obispos, que an gobernado la Iglesia de Santiago: sobre todo, la piedad i el zelo por la casa del Señor de los Villarrueles, Pozos, Aldayes, Rodriguez i

Vicuñas. ¡ Varones ilustres, ornamentos de nuestra Iglesia ! ¡ Os reconocemos por padres ! Vosotros sois dignos de estar al lado de los Borromeos, Mogrovejos i Ligorios. Vuestro nombre esclarecido pasará inmaculado a la posteridad, i el sucesor que se os prepara lo onrrará con sus virtudes.

Pero demos un paso mas, i entremos al santuario de la Iglesia, de esta esposa del Cordero, a contemplar sus preciosos atavíos, i a verla engalanada de otras tantas joyas cuantas son inestimables cualidades que la adornan. Su primer timbre es la *unidad*: forma esencial de lo verdadero i de lo bello, segun la espresion de San Agustin. El Ser infinito es uno, i *una* la sociedad personificada a quien cantó en sus divinos epitalámios. *Un Dios, una fé, un bautismo*, es la inscripcion sagrada que el Apóstol grabó sobre su frente. Ni puede ser de otro modo, porque siendo la verdad revelada una emanacion de la palabra eterna, es una como la esencia divina que produce, de suerte que la Iglesia, única depositaria de esta verdad, ella sola participa entre todas las demas sociedades religiosas de este atributo eterno de la Divinidad. Una cadena admirable de verdades que principia en la creacion, se desarrolla i desenvuelve poco a poco a proporcion que la intelijencia umana se ace capaz de recibir las, i el símbolo católico no es mas que el compendio de estas mismas verdades, manifestadas ya con toda su pompa i esplendor. Lo que la Iglesia a enseñado, enseñará siempre, i diez i nueve siglos no an podido alterar en nada su creencia. La luz radiante de la fé existente en la Iglesia pasa inmutable por todas las jeneraciones, i a todas las ilumina de un mismo modo. Esparcida por el mundo, mediante la predicacion del Evangelio, estrecha los paises mas distantes con lazos fraternales, i a pesar de los obstáculos que le oponen la diversidad de idiomas, leyes i costumbres, ace un solo pueblo de todas las naciones de la tierra. Unidad incomunicable de la Iglesia, que en tres diversas ramificaciones de dogma, de moral i de culto encierra toda la economia de los secretos que Dios se a dignado revelarla; economia que enlaza i traba las partes de este cuerpo con tal disposicion, que una sola destruida, todo el edificio bambolea. Las demas relijiones llevan consigo el carácter de la inconstancia, como partos propios del entendimiento del ombre, cuya escasa luz le ace oi mirar como falso, lo que tuvo ayer por verdadero; asi las vemos vagar de error en error, dividirse, destruirse i aniquilarse.

La Iglesia es tambien *católica*, es decir, universal i perpétua, segunda cualidad que la distingue de las falsas relijiones. Es universal. Desde el nacimiento del sol asta su ocaso es grande mi nombre entre las jentes, i en todo lugar se sacrifica i se me ofrece una oblacion inmaculada, decia un Profeta anunciando esta ver-

dad, i nosotros la vemos realizada en toda su extension. En efecto, Jesucristo debia cumplir los antiguos oráculos, i para verificarlo ordena a sus Apóstoles prediquen el Evangelio a todas las naciones. ¿I qué sucedió? é aquí un echo admirable e incomprensible a la razon: doce pobres pescadores sin elocuencia, sin sabiduria, segun el mundo, sin nobleza, sin prestigio, son los ejecutores de tamaña empresa. ¿I qué es lo que intentan? una locura a los ojos de la umana filosofía; nada ménos que reformar al mundo i dar a conocer por Dios al crucificado; lo intentan i lo consiguen. Sin otros medios que la fé, la umildad, la paciencia, el desinterés, predicán la nueva doctrina, i a su voz el Capitolio se estremece, los ídolos caen i el soberbio filósofo se umilla: todo lo atacan con sola su palabra i todo lo destruyen; creencias absurdas, costumbres viciosas, pasiones inveteradas: se presentan en público, no temen ser confundidos, nada les arredra: la cuchilla del tirano en vez de acobardarles los anima, i nada desean tanto como verter su sangre para atestiguar lo que dicen. Con esta intrepidez recorren la Judea, la Grecia, la Italia, i asta la España: plantan la cruz en Corinto, Filipos, Tesalónica, Efeso, Antioquia, Roma, Creta, Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, etc.: en todas partes, por do quiera que pasan, fundan iglesias, i dejan establecido el cristianismo. Sus discípulos i sucesores continúan esta grande obra, i esparcen la semilla de la fe en todo el imperio romano, i asta las últimas extremidades del globo. Sesenta lustros de crueles persecuciones no fueron bastantes para sofocar este buen grano, mas fecundo mientras mas oprimido, como dice Tertuliano. ¿Pero para qué empeñarme en probar lo que la esperiencia nos enseña? ¿No vemos cada dia abrazar la fé pueblos enteros? ¿No vemos aumentarse el reino de la Iglesia, que a nadie excluye, que a todos llama para acerlos participantes de los inmensos bienes de que es depositaria? Sí, aun derraman la sangre ilustres hijos suyos por extenderla, i la India, la China, la Oceania i otros pueblos son testigos elocuentes del heroismo cristiano i de las conquistas progresivas del Evangelio. Es perpétua. Sacó Dios al ombre de la nada con su liberal mano, i lo dotó de intelijencia; por consiguiente, ai entre el ombre i Dios relaciones necesarias; i siendo la verdadera religion el conjunto de estas relaciones eternas, no puede dejar de existir en tiempo alguno como no puede faltar un medio adecuado por el que la criatura racional pueda dirigirse al Ser Supremo i tributarle los homenajes que le son debidos. Tan antigua como el mundo, nació con el ombre, i no reconoce otro principio que Dios. I como la Iglesia no es mas que la continuacion de esta religion, o la expresion social i visible que la representa, sube asta la creacion, realizando en sí misma los oráculos que la precedieron. Así la nueva lei se une a la antigua, i forma un todo perfecto, cuyo punto de contacto es

Jesucristo. ¿Cuál es la secta que pueda disputarle primacia, i que cuente como ella cincuenta i nueve siglos de existencia? A todas las a visto nacer, aun a la idolatria, la mas antigua de las falsas religiones; a todas les puede decir con verdad: vosotras sois de ayer i vuestros falsos titulos me son conocidos. Mas si la Iglesia se remonta asta lós primeros tiempos, durará tambien mientras aya ombres en la tierra i mas allá. Jesucristo decia a sus discípulos: yo estaré siempre con vosotros. Apoyada la Iglesia en esta promesa infalible, ve correr los siglos sin perturbarse, i sin que el tiempo pueda imprimir en ella las uellas de las vicisitudes humanas; carácter de permanencia tan propio i peculiar suyo, como es propio de la verdad ser eterna. ¿Qué importa, pues, aya falsas religiones, si ninguna corre a la par con la Iglesia, i si al fin a de quedar ella sola, para evidenciar al mundo la inconstancia del error? La existencia pasajera de aquellas en vez de ser argumento contra ésta, es una prueba de su perpetuidad, al modo que los embates de un uracan furioso acen ver mejor la firmeza del muro que los resiste. Así la Iglesia rodeada por todas partes de enemigos, siempre en batalla i siempre victoriosa, arribará por último al puerto de salud, como la pequeña navecilla despues de aber triunfado de las olas, que parecian sepultarla; milagro perpétuo, dice el Doctor de la Francia, i un manifiesto testimonio de la inmutabilidad de los consejos de Dios.

De lo dicho asta aquí resulta que solo la Iglesia Católica puede gloriarse justamente de ser la misma que fundaron los Apóstoles. Dos cosas constituyen la nota de *Apostólica* que la caracteriza, una sucesion no interrumpida de lejitimos pastores, i la identidad de doctrina, i estas dos cosas subsisten en la Iglesia.—La sucesion de pastores, por un modo especial de ordenacion divina, es un echo innegable, i basta abrir la istoria para conocerlo. Los primeros Padres de la Iglesia se valian de él para convencer a los ereses de su tiempo; nosotros nos allamos en el mismo caso, i podemos recurrir a esta prueba con igual seguridad. Esto obligaba al grande Agustino, que vivia en el siglo cuarto, a permanecer fuertemente aderido al catolicismo. Los mismos protestantes no an podido negarlo. «No disimularémos, dicen en la memoria que presentaron en Francia los Calvinistas el año de 1775, que en el paralelo que acemos a veces de vuestra Iglesia con la nuestra..... los grandes rasgos están a vuestro favor. Eráis ciertamente antes que nosotros, pues que subis asta el siglo de los Apóstoles, i nosotros no tenemos aun tres siglos de existencia, puesto que en 1515 vuestros antepasados i los nuestros comulgaban en la misma misa, celebraban la Pascua juntos i vivian en una perfecta unanimidad de sentimientos. Ademas, la cadena de la tradicion, cuyo

primer anillo fijaron Pedro i Pablo en la Iglesia de Roma, se a perpetuado de tal manera entre vosotros, qe si los Irenéos, los Gregorios, los Cirilos, los Atanásios, los Crisóstomos volviesen oi a la tierra, no reconocerian sino en la Iglesia Romana la sociedad de qe eran miembros.» ¿Para qué añadir mas? Solo esclamaré con Bossuet, ¿qué consuelo para los ijos de Dios! ¿i qué testimonio de verdad, cuando ven qe desde el Papa qe ocupa el dia de oi tan dignamente la primera silla de la Iglesia, se llega asta San Pedro, establecido por Jesucristo, Príncipe de los Apóstoles!—La doctrina es la misma qe estos enseñaron, porque asistida siempre la Iglesia del espíritu de verdad qe la gobierna, segun la promesa del Señor, conserva este sagrado depósito sin la menor alteracion i tan puro como lo recibió de sus primeros fundadores. Es cierto qe el error, levantando su orgullosa cabeza, la a obligado en todos tiempos a sancionar muchos cánones dogmáticos para combatirlo; pero la Iglesia invariable en sus principios de fé, culto i costumbres, no a echo mas qe explicarlos añadiéndoles mayor luz, a manera de una planta frondosa qe estiende sus ramas i se cubre de ojas para resguardarse de la intemperie. Felicitémonos pues, de estar incorporados a esta vid, qe lleva frutos tan ópimos, i lamentemos la desgracia de los qe separados de ella no pueden gustar la dulzura del jugo con qe alimenta sus vástagos.

Mas, si la Iglesia de Jesucristo es *una, universal i apostólica*, es tambien *santa*; i ved aquí el máximo de sus atributos. Nada serian las demas dotes, si por imposible, la santidad no las coronase; preciosa prerrogativa qe a ella sola pertenece; valé por todas i ace su mayor elogio. Ya sea qe la consideremos en los dogmas qe enseña, en el culto qe prescribe, o en la moral qe practica, siempre la allaremos revestida de una santidad eminente, qe si bien se mira, es la prueba mas relevante de su divinidad.—La Iglesia es *santa* en sus dogmas; ¿i quién podrá negarlo? El Dios de qe nos abla contiene en si mismo toda plenitud, i de consiguiente es el único autor de todos los bienes i el principio de toda justicia i perfeccion. Siendo el Ser por excelencia, es tambien la verdad substancial, el órden inmutable i la misma santidad. Este atributo qe sin cesar resuena en las bóvedas celestes, se repite en toda la estension del universo por los ijos de la iglesia, qe son los verdaderos adoradores; lo mismo entonaban aquellos cuatro animales misteriosos del Apocalipsis: este fué el único título qe dió el Salvador a su Padre, i esto cantarán eternamente las mas sublimes inteligencias. Todas las verdades qe la Iglesia nos enseña se dirijen al mayor conocimiento del Ser infinitamente perfecto, principio i fin de todas las cosas i término de nuestra felicidad, i no ai una sola qe no tenga íntima re-

lacion con alguna de sus infinitas perfecciones. Pero si queremos tocar como con la mano la santidad del dogma de la Iglesia, fijemos los ojos en Jesucristo, objeto primario de su enseñanza. Es imposible figurarse una santidad mayor que la suya, tal como la Iglesia nos la da a conocer. Santo, inocente, separado de los pecadores, no reconoce otra grandeza que la virtud, ni otros héroes que los Santos. El orgullo humano busca los ombres grandes sobre los tronos, en los combates, o en los laureles de una inchada sabiduria; a los ojos de Jesus un justo criado en los desiertos es el mayor de los mortales. Pero ¿qué es la Santidad de este justo comparada con la de Jesucristo? No soy digno, dice, de desatarle los zapatos. ¡Qué diferencia, Señores, entre el Santo de Israel i los dioses del paganismo! Un Júpiter incestuoso, una Venus impúdica, un Baco vinolento son las monstruosas divinidades que supo inventar la razon extraviada. Solo las verdades santas de la fé pudieron desterrar del mundo estas deidades, o mejor diré, los vicios divinizados: solo el carro triunfal de Jesucristo pudo quebrar tantos ídolos, dejándolos por trofeos al pié de la cruz. = Santa en su culto. Cesaron ya los abominables sacrificios de la jentilidad, orrendas ecatombes de víctimas humanas, incapaces de aplacar a mentidas divinidades. ¡I qué es lo que la Iglesia presenta al Ser Supremo? Ah! para tratar este punto necesitaba yo lengua mas que de ombre. Una oblacion santa, una ostia pura se inmola diariamente al Dios de los ejércitos en el templo universal de la Iglesia: las aras sacrosantas están bañadas con la sangre del cordero immaculado, i un olor de indecible suavidad sube como el incienso asta lo mas alto de los cielos, víctima adorable, digna del Dios a quien se ofrece, i capaz por sí sola de santificar mil mundos. Las augustas ceremonias que la acompañan, dan un nuevo realce a tan alto sacrificio, i el alma del cristiano llena entónces de los mas profundos sentimientos de amor i de respeto, sale pura de sí misma, i siente toda la presencia de la majestad de un Dios ombre que la inflama i la penetra. El célebre Haller decia escribiendo a su familia: «la belleza de los templos católicos elevó siempre mi espíritu ácia los objetos relijiosos, al paso que la desnudez de los nuestros, de donde se a echo desaparecer asta el último emblema del cristianismo, i la sequedad de nuestro culto me desagradaron: pareciame muchas veces que nos faltaba alguna cosa, i que éramos unos extranjeros en medio de los cristianos.... Vi un libro destinado para el pueblo, en donde se esplican los ritos i ceremonias de la Iglesia católica, que compré por mera curiosidad. ¡Cuál fué mi admiracion al aprender tantas cosas instructivas, el sentido, fin i utilidad de tantos usos, que miramos como otras tantas supersticiones! = Santa en el dogma i en el culto, la Iglesia, no es ménos santa en la moral: consecuencia necesaria.

Todas las reglas que dá, todos los preceptos que impone, no tienen otro objeto que la santificación. No hay una virtud que no mande, ni vicio alguno que no prohíba, y basta leer el Evangelio para conocer esta verdad. Poniendo en paralelo las máximas santas que contiene con los delirios de la filosofía, nos vemos obligados a exclamar: ¡O moral pura, tú restituyes al hombre su antigua dignidad! ¡tú sola le aces feliz mostrándole el sendero de la virtud! La filosofía no hizo más que condensar la tinieblas del espíritu y añadir el error a la ignorancia, el orgullo a la ceguera. Sus adeptos, aunque bastante ilustrados para burlarse de la simplicidad de los pueblos, no dejaron por eso de incurrir en groseros errores; sería largo si quisiera enumerar sus absurdos; pero corramos un velo y no avergonzemos a la razón humana. La moral de Jesucristo derrama torrentes de luz sobre la tierra, marca con precisión nuestros deberes y practicada eleva el alma a la más sublime santidad; rectifica todas las acciones externas, y hasta los más íntimos movimientos de nuestro corazón, en su lenguaje un secreto deseo, un oculto pensamiento contra la ley es un crimen atroz. La humildad, la pureza, la paciencia, el amor fraternal, todas las virtudes son su objeto: el orgullo, la avaricia, la sensualidad, la venganza; todos los vicios están proscritos en ella. ¡Ved aquí lo que hace a la moral cristiana tan animada, tan interesante, tan amable. Esta es la ley de los desgraciados, de las almas tiernas y sensibles; esta es aquella doctrina divina, que, si no a bajado del cielo, no pudo tener su origen en el pensamiento del hombre: ella nos acerca a Dios por nuestras miserias mismas, y hace de nuestros trabajos otros tantos motivos de consuelo. No así la estéril filosofía de la incredulidad, que, como dice un filósofo convertido, no puede causar consuelo alguno al corazón humano. Por otra parte, ¡con qué verdades tan poderosas no nos mueve a obrar el bien! Según ella, un premio eterno aguarda al justo, un eterno castigo al delincuente; verdades eficaces que han dado a la Iglesia tantos hijos beneméritos: contad, si podéis, los héroes de santidad, que han sabido inmortalizar sus nombres, dejándolos grabados en el cielo con un buril eterno. Entre nosotros mismos aun está fresca la memoria del caritativo Balmaceda, del celoso Padre Infante, del ejemplar Gutiérrez (1). ¡Pero qué digo? Con solo predicar esta santa moral se civilizan pueblos enteros de bárbaros, sus costumbres se mudan y se improvisa una sociedad de justos. De aquí se

(1) El R. P. M. Fr. Antonio Gutiérrez de la Orden de San Francisco, natural de la Provincia de Coquimbo. Fue mientras vivió por su saber y virtudes el ejemplo y oráculo de la comunidad. Murió en Valparaíso con la muerte de los justos el día 10 de Julio de 1842. En la « Revista » se dará de él una noticia más extensa.

sigue el interes jeneral qe debe aber en conservar intacta la moral del Evanjelio. Traspasada esta barrera, la sociedad se desmorona, porque la religion qe le sirve de base viene a ser una farsa a los ojos del ombre: la autoridad sola no puede sostenerla, porque no llega sino adonde alcanza la fuerza; i esta es limitada i débil: débil para contener al poderoso, limitada, porque no siempre puede reprimir al malvado. Pero la moral es el mas firme apoyo de las instituciones sociales i la mejor garantia de nuestros derechos: sin ella todo es perdido, i con ella restablecido todo; su influjo benéfico se estiende a todas partes, desde el suntuoso palacio asta la mas umilde choza; penetra suavemente el corazon del ombre, dulcifica sus costumbres i reprime las pasiones, orijen fecundo de todos los males.

Señores, ¡qué ermosa sociedad es la Iglesia! ¡qué leyes tan sábias la gobiernan! ¡qué fuerza tan admirable la sostiene! ¡qué prerrogativas tan bellas la decoran! Con todo, en una sola base está fundado este edificio inmenso—la mano del Omnipotente. Obra jefe del Señor, descuella sobre todas las del mísero mortal. Ella como su autor da vista a los ciegos, vida a los muertos, es decir, verdad a la intelijencia, caridad i virtud al ombre a quien las pasiones tenían sujetado. Contemplad las maravillas qe encierra, la inmutabilidad de su doctrina, la estension de su poder, el carácter celeste de sus divinos atributos. ¿I qué sería si nos fuese permitido mirar su oculta magnificencia? ¡qué riquezas descubriríamos! pero esto no es dado a la carne ni a la sangre. Nada, pues, se puede imaginar mas grande, mas sublime qe esta Iglesia, caminando con paso majestuoso al traves de los obstáculos sin número qe encuentra en su marcha, asta llegar inmortal a sus destinos.

E concluido; pero no debo dejar la palabra sin esparcir algunas flores sobre la tumba de una sombra ilustre. Ablo, Señores, del R. P. Fr. Lorenzo Soto, del Orden de San Agustín, a quien una muerte prematura arrebató de en medio de vosotros en la primavera de su edad, i con él muchas esperanzas. En poco mas de treinta años abia corrido con aplauso todos los grados de la Orden asta recibirse de Maestro. Sus virtudes lo icieron acreedor al Priorato de la primera casa de su comunidad. Colocado en este puesto importante, se dedicó con empeño a reformas útiles, qe alcanzó a principiar, i qe no le permitió llevar a cabo el corto tiempo qe sobrevivió a su eleccion. El Supremo Gobierno, en atencion a sus luces i méritos, tuvo a bien condecorarlo con el título de Miembro de esta respetable corporacion, en la Facultad de Ciencias Eclesiásticas. Yo vengo a reemplazarle, mas no puedo congratularme de llenar completamente el vacio qe deja. Su juventud, su aplicacion i sus talentos distinguidos todo lo prome-

tian. Sin duda abeis perdido un digno concolega. ¡Sensible pérdida! i mucho mas para la Facultad a que pertenecia. Pero ¿quién puede suspender el decreto de muerte, una vez tirado contra nosotros? Desapareció, pues, abiéndo apénas saboreado los puros placeres de que está sembrado el camino de las ciencias. Pasó con rapidez, i en su raudo vuelo nos dejó una grata memoria.

=

El presbítero D. José Ipólito Salas contestó a nombre de la Universidad i de la Facultad de Teoloxia, como sigue:

=

Señores:

Soi en este momento el órgano de los sentimientos que animan a la respetable corporacion a que pertenezco, i me congratulo de ser el intérprete de sus justas simpatías con el miembro que oi recibe placentera en su seno. Ella se felicita, porque a sabido llenar un vacío que deploraba con la eleccion de un colega, en cuyos talentos, dedicacion i virtudes libra una buena parte de sus mas lisonjeras esperanzas. Yo, al contestaros, señor, en este dia a su nombre, quisiera que el eco débil de mi voz fuese bastante enérgico para descifrar el conjunto de goces puros que llenan mi corazon, al ver colocado a un antiguo amigo en un puesto onroso, que sabrá desempeñar con honor i dignidad. Pero no es este el lugar oportuno en que debo dejar correr libremente el discurso sobre el noble sentimiento de la amistad que forma los mas dulces encantos de la vida. El deber exige de mí tributar oi un omenaje público al talento distinguido i al mérito relevante, i aquí confieso, Señor, que vuestra modestia aoga mis mas fervientes deseos. Temo que la expresion fiel de la verdad pueda rozarse con la despreciable lisonja que detesto. Por esta razon sufoco gustoso el lenguaje del sentimiento, i bien podria acer otro tanto con respecto al mérito literario del discurso que acabais de pronunciar, si no pesara ombre mis obras la grata obligacion de añadir algunas pinceladas al cuadro ermoso que nos abeis exhibido con todo el arte que era mui justo esperar.

El campo recorrido en toda vuestra composicion es dilatado, i el encadenamiento de las verdades oportunamente desarrolladas es arto interesante, i luminoso para que yo intente recomendarlo a la consideracion de esta respetable asamblea. La importancia del asunto que se a tratado es de tal naturaleza, que siempre a ocupado la atencion de los grandes ombres que mas an

figurado en el mundo literario. La Iglesia, su constitucion divina, el órden jerárquico de sus pastores, sus remarcables caracteres, tales son los puntos sobresalientes en qe emos visto al teólogo profundo i al orador elocuente cautivar los sentidos i apoderarse de la imaginacion para rendir victoriosamente el entendimiento. La fuerza del racionio i los atractivos de la elocuencia, la pureza del lenguaje i la valentía de los pensamientos, la razon i la autoridad an marchado por un sendero sembrado de flores, presentando con amenidad e interes un asunto fecundo en importantes reflexiones. La naturaleza, los derechos i las prerrogativas de esa sociedad santa fundada por el ijo de Dios, an sido discutidos con el órden, precision i claridad qe siempre caracterizan a las producciones en qe campea el poderio del convencimiento con las bellezas i encantos de la buena elocucion. Motivos son estos qe a toda esta corporacion, i principalmente a la seccion de Ciencias Eclesiásticas, an debido colmar, i colman en efecto, de aquel justo regocijo qe es el precursor de un porvenir alagüeño. El vivo interes, Señor, con qe os an escuchado los sabios a quienes abeis dirigido la palabra, manifiesta este voto de su aprobacion, i me autoriza a revelaros anticipadamente su juicio.

Todos ellos se felicitan por vuestra adquisicion, pues cuentan en vos un agente mas para acelerar el movimiento intelectual qe se siente en la República, i qe tan ermosos dias prepara a nuestra patria. Todos observan con placer ese entusiasmo con qe se inician entre nosotros los trabajos científicos, i miran con una sorpresa mezclada de júbilo a los amantes de la sabiduría correr presurosos al templo donde ella mora a saborear los deliciosos placeres de las ciencias. Toca a la Universidad dar direccion acertada al vuelo rápido de los talentos distinguidos qe descuelan en nuestro suelo. De este centro de luces deben partir los rayos qe iluminen a todos los puntos de la circunferencia de la República; i la Facultad de Teología se congratula de ser llamada a tomar parte en esta empresa grandiosa, fomentando i difundiendo las máximas puras i civilizadoras del santo Evangelio. Estas son las qe, regulando la marcha de la intelijencia i previniendo los extravios del corazon, conducen al santuario de la sabiduría por la senda del honor i de la virtud. Sin ella los progresos en todos los otros ramos del saber no podrian sernos lisonjeros. La influencia saludable de los principios relijiosos en la mejora de las costumbres i en la cultura intelectual de los ombres, es un echo reconocido por todos los escritores célebres, i felizmente garantido por la experiencia de diez i nueve siglos, en qe el cristianismo a alcanzado sus mas gloriosas conquistas.

«Si la brújula a descubierto el universo, el cristianismo le a echo sociable,» decian dos jenios ilustres de la Francia. Verdad consoladora qe señala al filósofo, al literato, al jurisconsulto el verdadero camino de las glorias literarias. Fraternidad entre el saber i la virtud, e aquí el medio único de obtener un renombre esclarecido en la República de las letras; ¿i quién sino la relijion a podido garantir i sancionar este concierto armonioso entre esos inestimables dones del cielo? Ella es la mejor salvaguardia del onor i el jérmen mas fecundo de toda moralidad. Ella corona las fatigas del sabio i presta su apoyo a los vastos planes del lejislador. Las leyes i lo mismo digo de las ciencias, no arreglan sino ciertas acciones; la relijion las abraza todas; las leyes no contienen sino el brazo; la relijion arregla el corazon; las leyes no se refieren sino al ciudadano, la relijion se apodera del ombre; i esta relijion, digámoslo para gloria suya, no a usurpado jamas los derechos imprescriptibles de la razon umana; anuncia qe la tierra a sido dada en erencia a los ijos de los ombres; abandona el mundo a sus disputas, i la naturaleza entera a sus investigaciones; si da reglas a la virtud, no prescribe límite alguno al ingenio. Calumnian los qe la atacan como enemiga del jenio i de las instituciones científicas.

Vos, Señor, sois tambien llamado a promover la grande obra de los intereses sagrados de esta relijion divina. Bien sabeis qe a la sombra i bajo los auspicios de esta ija de los cielos, la onradez, la probidad, el desinterés, la filantropía, todas las virtudes cívicas i morales prosperan en todos sentidos; i tampoco ignorais qe la anarquía, el desenfreno, la licencia de las costumbres, estos enemigos de la humanidad, uyen despavoridos a presencia de ese ánjel tutelar de los pueblos, qe los persigue asta en sus mas recónditas guaridas. Dohlad, pues, vuestros esfuerzos por el sosten i la difusion de los principios conservadores del gran código del catolicismo. Oi os abeis incorporado a la Facultad qe está encargada de propagarlos. Ella cuenta con la eficaz cooperacion qe vuestros talentos prestarán a sus trabajos, i eree, no sin fundamento, qe la razon i la ciencia, rindiendo en el siglo en qe vivimos omenajes solemnes de respeto a la causa santa de la relijion, empleadas diestramente por vos, reportarán cada dia nuevos i mas espléndidos triunfos. Esto se promete, i vos sabreis corresponder a sus esperanzas. =E dicho.



